

DE VISITA

POR RODOLFO SERRANO

ELLA es de allí. El no. Pero es lo mismo. Como si lo fuera. También es de un pueblo pequeño como el de ella. Como el pueblecito al que les lleva el autobús.

Ella y él son novios desde hace años y... los que quedan.

Ella le habla y le habla.

—Seguro que cuando llegemos están en el baile. Aquí va todo el mundo...

El la mira y no la escucha. Le sonrío. Piensa en las dificultades que han tenido que vencer para realizar este viaje.

—El dinero. Sobre todo, el dinero... Y que luego nos enfadamos el mismo viernes. Menos mal que llamó el sábado por la mañana al trabajo, y se arreglaron las cosas... Y ahora, vamos al pueblo... El caso es que me gustan los pueblos... Si por mí fuera...

La gente que va con ellos en el coche habla, se grita cosas de un extremo a otro.

Algunos la conocían a ella, a Mari.

—¿Tú eres de la Mariana? ¡Hija! ¡A ver! Si no hay quién te conozca... Pues sí que...

Lucgo se quedaban mirando descaradamente al muchacho, hasta que ella decía:

—Es Luis, mi novio.

—¡Ah! ¿Cómo está usted?

Luis decía que bien, y que qué tal estaban ellos, y sonreía. Luego se iban a su asiento aún lanzando exclamaciones, preguntas.

Ahora, de vez en cuando, todavía les echan una mirada, una sonrisa. Les vuelven a preguntar por los padres, por el abuelo, y dicen que se alegran y que está bien, ya se sabe.

Anochece. Ella sigue hablando.

—...así que te he comprado el jersey, porque hará frío. Veremos cómo te está...

—¿Queda mucho?

—¿Qué hora es?

—Las ocho y media.

—Una media hora, o así...

El run-run del autobús adormece. La tarde ha estado nublada y la noche cae rápidamente sobre el campo. De vez en cuando, las luces de una casa cruzan ante las ventanillas.

—Mira, ¿ves? Estas son las escuelas. Aquí venía yo.

El pueblo está oscuro, silencioso. No parece un pueblo en fiesta. Luis se lo dice a su novia.

—Es que están en el baile. Ya te lo dije.

Están los dos parados en la noche. El pueblo, delante de ellos, parece encogido, como frío.

—¿Qué hacemos?

—Vamos a casa de Loli. Dejamos allí las cosas y nos vamos al baile.

Echan a andar cuesta abajo. No se oye nada. No se ve nada. El mete el pie en un charco y murmura:

—Ya podían poner más luces...

Se meten por un callejón. Ella se para ante una puerta y mira por los cristales.

—Me parece que no hay nadie.

Alza el picaporte.

—Pues está abierto.

—Hay luz dentro.

Se abre una puerta al fondo. Un rectángulo amarillo se extiende por el suelo de cemento. Una mujer se interpone entre la luz y la sombra del patio. Entorna un poco los ojos y luego exclama:

—¡Pero si mira quién está aquí...!

La abraza. Le da unos sonoros besos.

—Pasar... pasar...

—Este es mi novio.

Luis dice:

—Hola...

La mujer, por costumbre ya, contesta:

—Bien, ¿y usted?

Y zarandea las manos del muchacho entre las suyas.

—¿Y Loli?

—En el baile.

—Y usted, ¿no va?

—Ahora iba a ir.

Mari, cogiendo, desenvolviendo un paquete, dice a su novio:

—Anda, Luis, pruébate el jersey.

Le ayuda a metérselo por la cabeza.

—Espera... espera que me quite las gafas... Ahora. ¿Qué tal?

—Muy bien... Parece que te lo hubieses ido a comprar tú... bueno, ¿viene usted al baile?

Y se van los tres. Andan por las calles oscuras. Hace frío. Al cruzar la plaza ven los palos preparados para la corrida de mañana. A Luis, en este mismo momento, le gustaría estar en casa, o con unos amigos en una tasca, tomándose un vino y hablando de cosas sin importancia.

Suben por una cuesta empinada. Corre un aire que obliga a meterse las manos en los bolsillos, a arrebujarse en el jersey. Caminan los tres encogidos. Las dos mujeres hablan entre sí.

Salen música y risas del salón. Hay gente en la puerta. Por una ventanilla despachan los billetes.

—Las parejas de novios son cuarenta y cinco pesetas, y las señoras casadas, que vengan solas, diez.

—Entonces, una de novios, y otra de diez.

En las entradas pone: "SALON DE CINE. 2.^a SESION".

Entran. Les miran. Murmuran. Ella saluda, presenta. El sonrío, estrecha manos. Suena la música. Una trompeta, un saxofón y una batería, tocan, no muy al unísono, una canción de moda.

El se da cuenta ahora de lo que significa para ella este viaje. La ve orgullosa, un poco altiva. Incluso los demás la miran con un poco de envidia. Está en Madrid. Madrid es el sueño dorado de todos. Madrid es la promesa. No importa cómo. Lo importante es vivir en Madrid. Todos ellos quisieran vivir en él, aunque fuese en la peor chabola. Serían capaces de dejar sus casas, sus casas, amplias, frescas, blancas, que huelen a limpieza, a bollos de manteca, por irse a cualquier casucha en cualquier barrio de Madrid. A Luis la conciencia de esto le duele, le hace daño.

Hace rato que acabó el baile. Están ahora sentados en casa de alguien. Debe ser un matrimonio joven.

El marido está ya —son casi las diez y media— en la cama. La mujer les ofrece unos bollos y una copita.

Hay un viejo sentado, melancólico, la palma de la mano en la mejilla, en un sillón de mimbre, en una mimbrera. El viejo también ha venido de Madrid. Vive en Madrid vendiendo churros, y, luego, tiene también un puestecillo de chucherías: caramelos, pipas, cigarrillos. Ha venido a pasar las fiestas aquí entre su gente.

—Y, ¿dónde trabajas?

El hombre desde la cama contesta:

—En Madrid.

¿En qué vas?

—En el coche de los obreros. Voy y vengo todos los días.

—¿Todos los días?

—¡A ver!

—¿Vais muchos?

—Un autobús lleno. Sale de aquí a las cinco y media de la mañana y nos trae a las nueve de la noche.

La mujer deja de trajinar un momento en la cocina y dice:

—Medio pueblo. Todos los hombres se van. Muchas veces pienso que si hubiese un incendio, sólo estaríamos las mujeres y los niños para apagarlo. En los días de trabajo no queda ni un hombre en el pueblo.

Luis piensa en la angustia que encierran las palabras de la mujer. Un pueblo sin hombres. Un pueblo muerto... Algunos niños sólo ven a sus padres los sábados y los domingos. Durante toda la semana son huérfanos... Y estas mujeres solas durante todo el día. Las recién casadas... Las comidas, la siesta, el atardecer... El pueblo sin hombres... La cama abandonada a las cinco de la mañana, cuando aún es de noche, cuando más apeetece su tibieza. ¿Cuándo hablan esos hombres con sus mujeres? ¿Cuándo las aman? Se van a las cinco y vienen a las nueve. Vienen cansados, deshechos. Cenar y a dormir... Para levantarse a las cinco y volver a las nueve. Y otra vez igual.

Instintivamente busca la mano de su novia y la estrecha entre sus dedos. Ella le sonrío.

El viejo hace rato que habla.

—...y un puesto de pipas. Pero eso no da para nada. ¿Qué te puede quedar? Veinte o treinta céntimos por peseta. Y a veces ni eso. Fíjate si tienes que vender caramelos o bolsas. Y hay que aguantar el frío y el calor y la lluvia... Esto dura poco... Uno no está para esto... El día menos pensado...

—Pero con los churros...

—Los churros, nada. Se anda mucho y tampoco es negocio. Termina uno reventado... Y hay que aguantar. Uno ya no puede con las piernas.

Suspira el viejo y se calla. Mira el dibujo de las baldosas. Hay un silencio pesado en la casa. Se levanta la muchacha y dice:

—Bueno. Nos vamos que nos están esperando para cenar.

—¿Ya? Coger otra magdalena.

—¿Que no, de verdad. Ya volveremos.

—Pues hasta luego.

Se despiden. Salen a la calle. Ella se aprieta contra su novio.

—¡Qué frío...!

Hace rato que está despierto. Los ojos abiertos, fijos en el techo. Desde la cama oye trajinar a la mujer. Luis mira el reloj.

Las diez.

Da un salto y se viste rápidamente. Sale fuera. Da los buenos días. En mangas de camisa se queda unos instantes apoyado en el marco de la puerta, recibiendo el calor del sol.

Después de lavarse pregunta:

—¿Se ha levantado ya?

—Ya la he llamado.

Se acerca a la puerta de la habitación y dice:

—Venga. Nos perdemos el encierro.

El encierro. Es terrible. Es magnífico. Es emocionante.

La lucha del hombre contra el toro. Pero no una lucha con engaño. Aquí no hay engaño. Aquí hay fuerza contra fuerza. Astucia contra poder. Agilidad contra furia. El toro, el novillo corre, brama, cornea. Chilla la gente. Saltan los mozos, perseguidos por el toro hasta la empalizada. Se re-

vuelve entre el polvo. Alguno intenta dar un capotazo con una muleta sucia y rota. Un mozo se agarra a los cuartos del animal. Los brazos desnudos acusan el esfuerzo. Se marcan las venas. Tiene las mandíbulas apretadas. Los ojos cerrados. La cara contraída.

A Luis le parece encontrarse en algún circo romano, como en aquella película tan vieja, “Quo Vadis?” Es la misma lucha. Los mismos personajes. Es terrible y magnífico el forcejeo. Es de una grandeza absoluta.

Dos poderes, dos fuerzas están enfrentados. El hombre y el toro. Y nadie le da importancia. El ballet dramático del auténtico toreo, vestido de luces, haría estremecer a todos los espectadores. Esta lucha salvaje y primitiva no les dice nada. ¿Por qué? Quizá porque todas, cada una de las personas que la contemplan, tienen a flor de piel el primitivismo que permite ver esta escena sin pestañear. Riendo.

La lucha ha durado poco. Otros mozos se han acercado y, entre todos, han dominado al animal rápidamente.

Luis, latiéndole el corazón con fuerza, se aleja unos pasos y mira hacia la calle desierta.

Es de noche. Son las cinco y cuarto. Un grupo de hombres espera el coche. Luis pregunta:

—¿Quién es el último?

Porque aquí hay que pedir vez para subir al autocar. Si no, tendrás que subir el último, y a lo mejor te toca ir de pie.

Cuando por fin viene el coche, la gente se coloca ordenadamente en fila, y van subiendo, uno por uno, al autobús. Luis y su novia suben los primeros. Se sientan y ella apoya la cabeza en el hombro del muchacho. A los pocos minutos él escucha la respiración acompasada de una persona que duerme. La mira y sonrío. Le gustaría que el autobús no se detuviera nunca. Que nunca llegara a Madrid...